

CRÓNICA del ÁNGEL OSCURO

Rafael Fabregat

STONBERG
EDITORIAL



CRÓNICA DEL ÁNGEL OSCURO

RAFAEL FABREGAT

STONBERG
EDITORIAL

Primera edición: Enero 2026

© Rafael Fabregat Rodríguez

© de las características de esta edición: Stonberg Editorial
Gran Via de les Corts Catalanes 636 - 08007 Barcelona (Catalunya)

Tel. 933 175 412

stonberg@stonbergeditorial.com

www.stonbergeditorial.com

© de la imagen de la cubierta: Eugeni Fabregat Rodríguez

ISBN: 979-13-990994-6-1

DEPÓSITO LEGAL: B 23469-2025

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o fotocopia
sin el permiso previo de la marca editorial.

Oh, ewige Nacht! Wann wirst du schwinden?

Wann wird das Licht mein Auge finden?

Shikaneder-Mozart, *Die Zauberflöte*

El cuerpo oscilante de Daniel y los ojos de la abuela comparten el mismo color en mi memoria: un blanco turbio, surcado por vetas en relieve que parecen cicatrices ocultas. Ambos fantasmas, la abuela y el amigo, tan distintos en vida, se funden en una sola niebla cuando los evoco. Ella con la mirada blanca, ansiando el horizonte; él, con la piel blanca mordida por las rocas, suspendido del cielo.

De vez en cuando, se reconstruye en sueños el instante en que la abuela Celia me advirtió sobre cierto dilema oculto entre los pliegues de lo cotidiano. Cuando despierto, las palabras exactas ya se han evaporado, pero la dulce afonía de su voz me acompaña todavía.

Durante los cuarenta y cinco años transcurridos desde entonces, ese recuerdo soñado me ha ido visitando en momentos puntuales, en base a un algoritmo que desconozco.

A Daniel, en cambio, casi nunca lo sueño.

PRIMERA PARTE

I

Elena me esperaba sentada en el sofá del comedor, con el abrigo puesto y el bolso en el regazo. A sus pies, la maleta granate que le regalé el invierno pasado. Se levantó sin mirarme, se quitó el anillo de bodas y lo dejó caer sobre la mesa.

—Ahí lo tienes. A mí me sobra.

Me aparté del umbral y la dejé pasar. Murmuró algo sobre las llaves del piso y la empresa de mudanzas mientras las ruedecitas de la maleta emitían un chirrido lastimero. La acompañé hasta el ascensor. Justo antes de que la puerta cromada la ocultara, dirigió los ojos a mi pecho y habló por última vez.

—Estaré en casa de mi hermana. Si no es imprescindible, prefiero que no llames.

Al cerrarse la puerta del ascensor, hallé el reflejo en el metal de un rostro cansado y algo perplejo.

De eso hace ya una semana. Desde entonces, el silencio impera en nuestro piso. Digo *nuestro* aunque a estas alturas el posesivo plural ya me sabe a ceniza. Antes de que Elena se marchara, los silencios eran largas pausas entre monosílabos o discusiones airadas. El silencio sin ella, el de ahora, es hondo y enigmático, como el que precede a los amaneceres. Y me gusta saborear ese vacío vibrante, evitando el maquillaje de la música o la televisión.

Si miro atrás, la convivencia con Elena me parece un trayecto que el espejo de la memoria ha menguado hasta convertirlo en un breve intervalo, como cuando uno duerme durante horas y al

despertar pretende que han transcurrido apenas unos segundos. Y aunque ese periodo espolvoreado de tibias resignaciones haya ocupado la mayor parte de mi vida, hubo un capítulo previo mucho más intenso, que durante décadas ha permanecido confinado en un presunto olvido.

La súbita ausencia de Elena ha situado en primer plano esa porción velada de mi historia. Fragmentos de una travesía ya remota emergen ahora, exigiendo protagonismo, y me obligan a hurgar en el pasado para recomponer, de algún modo, mi presente.

Por eso voy a escribir. Tal vez así, los ecos de aquella época lleguen a ordenarse y se transmuten en piezas de mi organismo o de mi alma. Lo voy a hacer con la esperanza puesta en esa alquimia.

En mi opinión, la fórmula del amor contiene la pasión y la ternura como principales ingredientes. Supongo, por lo tanto, que yo nunca he amado a Elena. Si alguna vez amé, fue en el perímetro de ese ayer que ahora pretendo rescatar.

II

La primera vez que Daniel me dirigió la palabra, un viento cargado de electricidad circulaba a rachas en la claridad hiriente de una mañana de octubre. El patio del instituto, un descampado sin vallar desde donde se apreciaba la leve devastación de las afueras de la ciudad, albergaba, a la hora del recreo, a decenas de adolescentes de ambos sexos dispersos en grupos o concentrados frente al quiosco de bebidas. Algunos muchachos jugaban a fútbol. Unos cuantos novatos, sin nadie a quien aferrarse, vagaban desorientados. Yo era uno de ellos.

Las vacaciones de verano habían estado presididas por una angustia sorda ante la perspectiva del curso que se avecinaba. Sabía que ninguno de los compañeros del colegio iba a matricularse en ese instituto y me asustaba la idea de ingresar, solo y sin amparo, en una comunidad cuyos códigos desconocía. Durante aquella primera semana de bachillerato apenas había hablado con nadie y el aislamiento me empezaba a escocer como una herida.

Me senté sobre un bloque de cemento, en un extremo del patio lindante con la desolación de los alrededores, alejado del griterío y las risas. Saqué mi bocadillo y comí sin ganas. Ante mí se extendía el horizonte industrial; estructuras metálicas, depósitos y chimeneas señalaban las verdaderas fronteras de la ciudad. Más allá, el mar lanzaba destellos bajo el cielo otoñal.

Un poco antes de que sonara el timbre para regresar a las aulas, advertí que dos muchachos se dirigían hacia mí. Reconocí a uno de

ellos, un tipo delgado, con el cabello bastante largo, que se sentaba dos filas por delante de la mía y cuyo nombre no había retenido. Caminaba a largas zancadas, con los faldones de la camisa blanca flotando sobre los vaqueros, y escondía algo entre las manos mientras el chico que le seguía, un pelirrojo desconocido, hablaba sin cesar:

—Pero ¿a ti qué te cuesta? Solo verla y ya está. No te la voy a robar, joder. ¿Es venenosa? Venga, tío. ¿De dónde la has sacado?

El chico del pelo largo se detuvo ante mí y sin apartar las manos de su regazo me indicó con un gesto que le cediera sitio. Se sentó a mi lado y dirigió la mirada al mar, ignorando al otro, que continuaba insistiendo en tono plañidero. Fue entonces cuando por primera vez escuché la voz de Daniel:

—Dile que me deje en paz, por favor.

El pelirrojo nos miró a ambos, nos llamó maricones, escupió en el suelo, se dio la vuelta y se alejó.

—Menos mal, ya me tenía harto —dijo Daniel, y separó las manos para mostrarme una pequeña culebra enroscada sobre sí misma. La tomó delicadamente del cuello y la alzó ante mí.

El rostro de Daniel, apenas liberado de la infancia, junto a la serpiente ensortijada entre sus dedos, ofrece una visión fundacional de esta historia, la imagen primigenia del inicio del viaje. Pero no quiero cargar la crónica con solemnidades. Soy consciente de que las vivencias del pasado se reconstruyen en la pantalla de la memoria con una escenificación artificiosa. Los recuerdos, buenos o malos, atraviesan un filtro del que surgen embellecidos, falseados. ¿Quién sabe cómo sucedió en realidad lo que ahora recreo como un instante iniciático? Probablemente, los ojos de Daniel, la culebra ondulante, la luz de la mañana de otoño no sean más que elementos dispersos que la mente conjuga para proporcionar unidad estética a

un evento azaroso, desprovisto de gravedad y de símbolos. Lo que llamamos recuerdos no son más que elaboraciones del presente.

Daniel sacó del bolsillo un paquete de Gitanes y me entregó la serpiente. La sostuve como si de un collar de diamantes se tratara, mientras mis ojos viajaban entre los cigarrillos y el reptil.

—¿Fumas? —preguntó. Yo negué con la cabeza—. Bueno, ya fumarás.

Encendió el pitillo y me examinó de arriba abajo. Me sentí tan cohibido que redoblé mi atención sobre la serpiente, consciente de la mirada gris de Daniel.

Porque Daniel tenía los ojos grises, el rostro ovalado y el cabello liso color miel hasta la mitad del cuello. Los labios, muy finos, mantenían en las comisuras una tenue y constante sonrisa, aunque casi nunca se le viera sonreír abiertamente. Movía su cuerpo con elegante languidez, y sus manos... Pero es imposible recordar con claridad al Daniel de los primeros días. Su imagen permanece insalvable, se escurre entre los dedos como aquella culebra. Evocar su aspecto genera un interrogante más de los muchos que revolotean como mariposas negras sobre su vida.

Esa misma tarde, mientras merendaba en el comedor de mi casa, el recuerdo de la serpiente todavía bailaba ante mis ojos. Un chico que fumaba tabaco francés y que tenía una culebra como mascota me había seleccionado conforme a un criterio enigmático.

La abuela Celia, ocupada en alguna labor, canturreaba sentada frente al balcón.

—¿Qué pasa, niño? —dijo de pronto alzando la nariz—. Estás tú hoy muy raro.

Mi abuela había perdido la visión en una madrugada de 1950, cuando el horno de la panadería familiar estalló, quemándole los ojos y matando a su marido.

III

Cuando evoco a mis padres, me cuesta darles consistencia. Es posible que el desgaste de sus figuras al mirar atrás sea labor del tiempo, que todo lo erosiona. Sin embargo, no me ocurre lo mismo con la abuela Celia ni, por supuesto, con Daniel, cuyo resplandor eclipsa al resto de personajes.

Mi madre, Dolores, la señora de Salvat, había nacido en esta misma ciudad en el año de la victoria del general Franco, de manera que su infancia estuvo marcada por las estrecheces de la postguerra, si bien la fortuna quiso que la familia saliera bastante bien parada, dadas las circunstancias. Su padre, el marido de Celia, estuvo luchando en las filas republicanas hasta unos meses antes del desenlace, cuando fue hecho prisionero y pactó salvar la vida a cambio de renunciar al uniforme y al ideario. Regresó a casa integrado en las tropas golpistas y pudo recuperar su puesto de ayudante en la panadería de su suegro, mi bisabuelo; viudo y necesitado de un sucesor en el negocio. A mi madre, que apenas hablaba de su pasado, se le escapó un día que nunca nadie la señaló como hija de un rojo arrepentido, lo que hace pensar que esa información estuvo oculta o velada, o tal vez voluntariamente ignorada por aquellos que la conocían.

En uno de sus monólogos desde la tiniebla, la abuela Celia me confesó que no había tenido una hija sino dos. La primera fue una niña de mirada encendida y sonrisa franca, que sentía pasión por los animales y se pasaba el día cantando melodías inventadas o co-

rreteando por la plaza con los golfillos del barrio. Su deseo más ferviente era ser veterinaria, y hasta tal punto asumía su vocación que en una ocasión se enfrentó con sus puñitos a un grupo de gamberros que pretendían maltratar a un gato. Después de cenar, se sentaba en un rincón de la panadería con un libro de cuentos y leía en voz alta mientras sus padres empezaban a preparar la masa. Siempre se quedaba dormida a media lectura.

La otra hija nació después del accidente del horno, cuando la explosión la despertó del sueño de la infancia. Durante semanas vivió aferrada a las faldas de su madre, gimiendo a un ritmo regular y exasperante. De noche, agobiada por visiones de espanto, buscaba refugio en el recuerdo de un tiempo remoto, poblado de juegos y risas. No tardó en abandonar la escuela y fue creciendo en silencio, huérfana de padre, desgarrada por la brusca transición que la forzaba a cuidar de aquella que la había cuidado hasta entonces

Madre e hija se establecieron con mi bisabuelo en la planta superior de la panadería, que después de la catástrofe cerró sus puertas para siempre. El viejo panadero vivió todavía algunos años, cubriendo las necesidades de la familia con su pensión y la venta de unas tierras. Mi abuela, que no escatimaba en detalles cuando le daba por hablarme del pasado, no soltó jamás prenda en lo que se refiere al periodo posterior a la muerte de su padre. Nunca supe cómo sobrevivieron —una mujer ciega y una muchacha de diecisiete años— sin apenas ingresos, en una capital de provincia española, a finales de los años cincuenta. Y yo tampoco acerté a preguntarle. En cualquier caso, el relato de la abuela Celia se reanuda con mi madre cosiendo dobladillos en una tintorería que ofrecía arreglos y ajuste de prendas. Para entonces, los sueños de la pequeña veterinaria, que ya tenía veintidós años, se habían evaporado por completo, y ambas vivían en un piso deslucido, aunque bastante amplio, del casco antiguo,

donde subsistían gracias a la pensión de viudedad y el sueldo de mi madre. Eso ocurría en 1962, el año en que apareció mi padre.

El recuerdo más singular que conservo de él se remonta a mis once años, en una de esas tardes de finales de verano en que el cielo se hincha de nubes y el bochorno se resuelve en brisa húmeda. Mi padre y yo éramos los únicos visitantes del museo arqueológico, que a esa hora parecía un mausoleo habitado por efigies, mosaicos y tinajas de terracota. Yo iba mirando sin ver, atenazado por el pánico secreto del retorno al colegio, que ya me iba trabajando por dentro desde hacía unos días. De repente, antes de que la lluvia nos pusiera sobre aviso, un trueno apagó todas las luces del edificio y un crepúsculo precoz se desplomó sobre la sala donde diversos bustos de dioses y ciudadanos romanos dormían su sueño de piedra. Al poco, la lluvia empezó a azotar los ventanales, y en la intermitencia de los relámpagos pude adivinar rostros sin pupila, túnicas de mármol y brazos extendidos hacia la nada. Busqué a mi padre con la mirada y lo descubrí atravesado por los destellos de la tormenta, inmóvil como las estatuas que lo rodeaban. Nunca antes lo había visto así: majestuoso, perpetuo, casi aterrador.

Rescato esta fracción de la memoria por su naturaleza insólita, propia de un sueño, en absoluto representativa del padre que habitaba mi infancia. El vigor de la imagen —la sala eclipsada por la tempestad, los relámpagos reveladores, la transfiguración de su semblante— reside precisamente en el contraste con lo cotidiano. Porque en esa época mi padre era para mí un oficinista calvo y algo desgarrado, que usaba gafas de concha y nunca hablaba más de lo necesario. Un individuo, en definitiva, carente por completo del aura mitológica que había podido contemplar en el museo. Quizá por eso, aún hoy atesoro ese momento anómalo como una revelación del padre oculto en los sótanos de mi mente; una figura des-

provista de los cosméticos que yo mismo le habría aplicado para convertirlo en un individuo gris, ausente y débil.

Mi madre vio entrar a Manuel Salvat, el que sería su marido, por la puerta de la tintorería, un sábado por la mañana. Venía a que le arreglaran las costuras de una americana que dejó sobre el mostrador. Esa misma tarde, coincidieron en el portal de casa y subieron juntos las escaleras. Eran vecinos, sin saberlo. En el primer descansillo, el muchacho se presentó: acababa de llegar desde el otro extremo del país para ocupar una plaza de funcionario en el Ministerio de Obras Públicas y había alquilado el ático de ese mismo inmueble. Los detalles del primer encuentro y la escasa información referida al noviazgo de mis padres y su posterior boda proceden de los relatos que mi abuela iba destilando desde su noche perenne y cuyo único destinatario era yo.

Ni mi padre ni mi madre hablaron jamás, en mi presencia, sobre sus años de juventud. Nunca vi que se besaran.

IV

Se necesitaban unos veinticinco minutos para cubrir a pie la distancia entre mi casa y el instituto, ubicado en los páramos desde donde se divisaba el complejo petroquímico. A finales de los setenta, las últimas calles de la ciudad se interrumpían antes de enfilarse el sendero que llegaba hasta las puertas del edificio donde cursábamos el bachillerato, una mole de cemento diseñada con nulo criterio estético, que aún hoy, más de cuarenta años después, mantiene su fealdad rodeada de viviendas de diez plantas.

Yo vivía en el casco antiguo, cerca de la catedral; Daniel, en un viejo chalet de las afueras, más allá del cementerio. Cada mañana nos encontrábamos a medio trayecto y emprendíamos la marcha sin saludarnos.

Era difícil caminar junto a Daniel. Tenía la costumbre de ampliar la zancada al máximo, ganando siempre una ligera ventaja sobre el acompañante. Pude inferir que cada paso de los suyos equivalía a uno y medio de los míos, aunque nuestra estatura fuera similar. Yo no estaba seguro de si su conducta respondía a un hábito sin fundamento o bien se trataba de una necesidad compulsiva de manifestar independencia y mostrar desafecto hacia el compañero de camino. Sea como fuere, acabé imitando su modo de andar, por más que el sentido común me indicara a gritos que estaba emulando un comportamiento absurdo.

Dado que siempre volvíamos a casa para almorzar, repetíamos el trayecto cuatro veces al día, cinco días a la semana, ámbito más

que suficiente para conversaciones jaspeadas por el fragor del tráfico, silencios gélidos en las mañanas de invierno o variaciones de la ruta habitual cuando, con paso más sosegado, regresábamos al hogar.

En uno de esos paseos de retorno, Daniel se compró un pedazo de tarta en una confitería.

—¿Y eso te va a quitar el hambre? —le dije, valorando el tamaño del pastel.

—¿Es que tú sólo comes para quitarte el hambre? —murmuró, sin mirarme.

La respuesta de Daniel me arrinconaba, una vez más, en la categoría de plebeyo incapaz de apreciar un placer desvinculado de la simple subsistencia. Me imaginé en el comedor de mi casa devorando mi bocadillo de salchichón, y sentí que las mejillas y las orejas me ardían.

Desde el primer encuentro, durante las pocas semanas de contacto entre nosotros, había escuchado con frecuencia sentencias similares, referidas a mí o a quienes nos rodeaban. En esas ocasiones, Daniel adoptaba una actitud indolente, más propia de un viejo aristócrata hastiado del aliento del populacho que de un chico de catorce años, apenas iniciado en las peripecias de la vida.

Nos sentamos en un banco del Paseo, las carteras a nuestros pies. Daniel contemplaba a los transeúntes mientras saboreaba el último pedazo de tarta. A esa hora las calles del centro presentaban la efervescencia propia de un viernes por la tarde, cuando el fin de semana empieza a asomar. Ante nosotros desfilaban personas de diversa edad y condición: amas de casa cargadas con la compra, estudiantes, ancianos, reclutas, matrimonios tomados del brazo.

—Menuda fauna. —Daniel, con los hombros caídos y la cabeza inclinada, observaba a los peatones.

De repente, lanzó un escupitajo sobre el pavimento que a punto estuvo de alcanzar los pies de una chica obesa, cargada con una bolsa llena de botellas. La muchacha nos miró con horror y salió corriendo, acompañada por el tintineo del vidrio.

—Mírala, si ahora tropieza y se rompe el cuello, la vida en este planeta habrá mejorado un poco.

Daniel se expresaba en un tono desapasionado, casi indiferente, mientras su mirada gris examinaba las figuras que transitaban frente a nosotros.

—Si observas a la gente con atención, puedes ver lo que hay dentro de cada uno. —Y encendió uno de sus Gitanes.

En aquel entonces, antes de que la corrección política nos sumiera en la ignorancia y la hipocresía, los adolescentes podíamos fumar en la calle, en los bares, incluso en las aulas del instituto sin que nadie se echara las manos a la cabeza. También yo me había iniciado en el tabaco, tal y como vaticinara Daniel. Compartir el acto de fumar me permitía emularlo.

—Mira a esos dos. —Señaló a una pareja de jóvenes tomados de la mano —. Él se cree el rey del mundo porque una chica con cara de caballo, sin gusto para vestir, le hace un poco de caso, y ella, que no puede aspirar a mucho más, acabará metiendo en la jaula al gilipollas. Mira a aquel otro. —Un hombre de unos cincuenta años, vestido con un gastado traje de franela y una gabardina, caminaba cargando una cartera de cuero—. Parece un vendedor de biblias. Toda la vida paseando su cara de amargado para acabar en un asilo, babeando y llamando a su mamá. Y mira a aquellas dos, parecen dos putas vestidas de colegialas. Seguro que se están contando sus mierdas sobre los chicos que les gustan. Pero por la noche se tocan pensando en la polla de Paul Newman, mientras sus padres roncan en el sofá, delante de la tele.

Los diagnósticos de Daniel me obligaban a reír entre toses. Por aquel entonces, yo apenas conceptualizaba lo que mi cerebro en plena pubertad iba absorbiendo, pero mientras le escuchaba, intuía obscuramente que aquel discurso sarcástico, demasiado preciso para alguien de su edad, iba mucho más allá de la burla. Sus palabras, portadoras de una visión lúgubre del ser humano, me arrastraban sin remedio hacia una zona desconocida de mí mismo.

Me aventuré a preguntarle sobre cuál sería el veredicto si fuese yo quien pasara caminando ante él. Temía una respuesta cruel, pero guardaba la ilusión de un dictamen que me diferenciara, ante sus ojos, del resto de la gente. Me miró y le dio una calada interminable al cigarrillo antes de responder.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Pues sí. —Súbitamente, tuve plena conciencia de que no debí haberle preguntado.

—Si pasaras justo por aquí delante, me llamarías la atención entre esta gente por tu expresión de bobo. Tu manera de andar demuestra que vives acomplejado, pendiente de la mirada de los otros. ¿Nos vamos? —Y se levantó, cogiendo la cartera.

Me costó unos segundos retomar la respiración. No pude ni quise replicar, porque lo que acababa de decir me parecía cierto. Tampoco recuerdo sentirme insultado, aunque sí triste, alejado de la belleza, la lucidez y la seguridad de aquel que me sentenciaba. Permanecí sentado, mirando al suelo.

—¿Nos vamos o no? —Daniel sonreía, de pie ante mí.

Durante el resto del camino guardé silencio; tenía la convicción de que cualquier cosa que dijera sonaría a estupidez. Cerca del punto donde habitualmente nos separábamos, Daniel se puso a silbar una melodía.

—¿Sabes qué es? —Continuó silbando. Yo negué con la cabeza—. Wagner, la obertura de *Tannhäuser*. Un día puedes venir a mi casa para escuchar música.

—Vale. —La inesperada invitación me rescató del abatimiento y me animé a continuar el diálogo—. ¿Aún tienes la serpiente?

—¡Ah, sí, la serpiente! No te lo había contado. El otro día la remoqué con alcohol y la encendí con una cerilla. Se puso a dar saltos como una pelota de caucho. Te lo perdiste.

—¿Está muerta? —pregunté, incrédulo.

Daniel soltó una carcajada.

—Hombre, ¿tú qué crees? —Y tomó su propia ruta, sin despedirse.

Durante unos segundos, permanecí inmóvil, viendo cómo se alejaba, mientras una racha de viento gélido daba inicio a la noche. Estábamos a principios de diciembre de 1977.

